



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

SUMARIO

TEXTO
DE TODO UN POCO

POR

Luis Taboada

LA CUESTIÓN DEL TRANVÍA

POR

José Jackson Veyán

LA CRIADA RESPONDONA

POR

José Estremera

HECHURAS

POR

Eduardo Bustillo

DIÁLOGOS

POR

E. Navarro Gonzalvo

SOLEDAD

POR

Sinesio Delgado

LA VIUDA DE ZARANDILLO

POR

Juan Pérez Zúñiga

LA PAZ DE LA ALDEA

POR

Manuel Soriano

EL DÍA DEL CORPUS

POR

Manuel Lassa y Nuño

MENUDENCIAS

POR

*Ramón Asensio Mas, Edmundo de C. Bonet,
Carlos Miranda, Calixto Navarro (hijo)
y Emilio C. Olaran*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS

GRABADOS

METEMPSÍCOSIS

POR

Cilla

LA CRIADA RESPONDONA

(dos viñetas)

POR

Mecachis y Cilla

EL POEMA

(ocho viñetas)

POR

Cilla

SOLEDAD

abanico por F. Mas

LA VIUDA DE ZARANDILLO

ESPAÑA CÓMICA

(Zaragoza)

POR

Cilla

Metempsícosis.



¡Oh, misterios de la naturaleza! ¡Oh, potencia evolutiva de la materia y del espíritu! ¿Quién ha de decir que este señor, que ahora fuma en pipa, y juega al tute *arrastrao*, y va para teniente de alcalde, ha sido cerdo durante dos años en Extremadura?...



DE TODO UN POCO

—¡Esto es espantoso! ¿Dónde se ha visto un mes de Mayo como éste?

—¡Calle usted, por Dios!

—Todo está echado á perder; créame usted á mí... y el Gobierno tiene la culpa, porque no protege la religión y ¡claro! la Providencia se irrita y nos castiga á todos, en vez de castigar á Sagasta exclusivamente. ¿Qué

se puede esperar de un país donde compra usted una libra de merluza, como le ha pasado ayer á mi esposa, y le dan un cuarterón de espina artificial?

Son tantas las vicisitudes que nos rodean, que el hombre se sumerge en el caos de las consideraciones tristes, y acaba por notar que el mundo está perdido y que el Gobierno debe presentar la dimisión.

Porque es lo que me decía ayer un cesante, víctima de Becerra:

—Mientras está uno colocado, no nota las desventuras de los tiempos ni los infortunios de la patria; pero le quitan á uno el destino, y entonces es cuando comenzamos á ver las cosas tal y como son. Hasta que he quedado cesante no me hice cargo de lo mucho que come una cañada que vive con nosotros. En fin, con decirle á usted que le servimos los garbanzos en una ensaladera!

Con esto del frío han caído en la cama varias personas de elevada posición, y unos se mueren y otros están dando que hacer á los periódicos todos los días; pues es costumbre comunicar al público que tal personaje ha tenido una irritación ó que tal otro ha resultado con un divieso oculto.

Ya pueden morirse todos los maestros de escuela de España, no haya miedo de que lo diga la prensa diligente y bondadosa; pero enferma un banquero ó le duelen las muelas á un general ó sale de su cuidado un arzobispo, y todos los días tendremos conocimiento de los trámites que sigue la enfermedad y de los sinapismos con que ha sido obsequiado el paciente.

Hay persona aquí que se pone mala todos los años, sólo por el placer de salir en letras de molde.

—¿Á cuántos estamos?—pregunta.

—Á veinticinco—le contestan.

—Bueno; hasta el veintiocho no puedo meterme en la cama, porque tengo que desahuciar á un inquilino; después pienso caer malo para que lo digan los periódicos, y no se olvide de mi nombre el público de buena fe.

Algunos médicos están en el secreto y secundan los planes del paciente apócrifo, diciendo por ahí:

—¿Quién? ¿Don Claudio? El pobre está bastante malito: hoy le he mandado tomar la zarzaparrilla con unas gotas de árnica. Probablemente habrá que abrirle el cráneo y meterle unas estopas para que discurra menos, porque á él lo que le perjudica es el exceso de imaginación.

Entre la voluntad decidida del paciente espontáneo y la complacencia del doctor, se arma una dolencia terrible, y el público cree, efectivamente, que vamos á perder á D. Fulano ó D. Perengano, pero á los pocos días la prensa publica un suelto que dice así:

«Merced á la acertada asistencia del doctor Pediluvio, el Sr. Perengano está fuera de peligro y hoy ha paseado por la carretera de Aragón en compañía de su señora y un perro de lanas á quien estima.»

El afán de exhibición llega á ser en este país una verdadera enfermedad.

Los diputados nuevos que no logran romper á hablar y viven, por consiguiente, envueltos en las tinieblas del anónimo, darían cualquier cosa por dislocarse una pierna en sitio céntrico, para que los periódicos publicaran la noticia al día siguiente.

Caliente aún el cadáver de Rodríguez Correa, el famoso escritor y diputado á Cortes, se han presentado á Sagasta varios caballeros solicitando la vacante. Entre ellos figuran el yerno de un ministro, dos primeros violines, un tendero y cuatro señoritos sin profesión conocida.

¿Quién se llevará el gato al agua? El Gobierno no ejerce presión, esto es ya cosa sabida; lo más que hace es reventar á los electores que votan en contra.

Llegan las elecciones. El candidato de oposición se dirige á un amigo y le dice:

—Yo necesito el voto de usted.

—El caso es que he prometido votar al candidato del Gobierno. Me han hecho la petición con tal delicadeza, que no he podido negarme.

—¡Hombre!

—Sí, señor, han venido á decirme, de parte del alcalde, que si no voto la candidatura ministerial, me van á romper todos los huesos y á subirme el alquiler del cuarto.

No se ejerce opresión: lo que hay es que le cogen á uno por la solapa y le dicen:

—Ó vota usted á don Fulano, que es muy guapito, ó le declaramos á usted colérico y hay que echarle de la provincia.

Las esposas de los electores influyen siempre en favor de los candidatos ministeriales.

—Baldomero—dicen á sus esposos,—no provoques las iras del Gobierno. Si votas con la oposición vas á tener enfrente el laboratorio químico municipal, y entonces verán los parroquianos que vendemos cocimiento de tila en vez de cognac y que adulteramos la manteca mezclándola con sebo humano.

Todo industrial celoso de su buen nombre acaba por irse con el candidato del Gobierno, aunque tenga que decir melancólicamente:

—¡Caramba! ¡Qué triste es esto! ¡Voy á hacer la felicidad de un sietemesino y ni siquiera le conozco!

Luis Calçada.

LA CUESTIÓN DEL TRANVÍA

Señor alcalde, confieso que me inspira simpatía, pero de chillar no ceso hasta que arreglemos eso de la cuestión del tranvía.

Aquello de no fumar fué una broma, á no dudar. Parece que el cartelito está incitando al delito, si es un delito el chupar.

Y hasta el menos fumador encuentra el goce mayor burlando la orden escrita y dando una chupadita á espaldas del cobrador.

La costumbre de faltar no se puede corregir, y esto viene á demostrar que en España autarizar es mejor que prohibir.

No extraño que se tolere fumar á los caballeros; lo que hoy hace que me altere es la orden que se refiere al número de viejeros.

Esa no la cumplirán, porque hay gente muy soez, y á la fuerza subirán, y pesé á quien pesé, irán en la plataforma diez.

El que ya se colocó no cede así como así. Si nadie los numeró, cómo se averigua allí el último que subió?

De arreglarlo no hay manera, porque el egoísmo impera. Yo sé que deben ir cinco, y muchas veces delinco, como delinque cualquiera.

Si sobra uno, á mi entender el último debe ser; mas ninguno se conforma fácilmente con hacer el sexto en la plataforma.

¡Pues menudo es el trabajo y flojo es el laberinto que la tal orden nos trajo! —¡Yo hago el cuarto! —¡Yo hago el quinto! —¡Bájese usted!... —¡No me bajol!

Y gritos del cobrador y voces del inspector y quejas del pasajero. ¡Aquello es un gallinero, señor alcalde mayor!

La orden su celo acredita, y aunque muy justa la hallo, como el alboroto excita, cada coche necesita dos civiles á caballo.

Lo más seguro y prudente es poner un dependiente allí, en la Puerta del Sol, y que namere á la gente al amparo de un farol.

Que un billetito nos den, lo mismo que los del tren. A eso se reduce todo. ¡Verá ustá, de ese modo, cómo hay sus brancas también!

José Jackson Veyán.

La Criada Respondona

— Señor don Mariano, don Marianito!
 — ¡Hola!
 — ¿Qué horas de venir son éstas?
 — No he mirado el reloj.
 — Pues mírale, y él te dirá que hace hora y media que debías estar aquí.
 — ¡Buéno!
 — ¿Te parece que es justo tenerme este tiempo vestida y calzada, en grand tenue, para sorprenderte con el vestido y el sombrero que ayer me regalaste?
 — Me alegro mucho.
 — ¡Je-rús, hombre! ¿Qué amable vienes! ¿Qué mosca te ha picado?
 — Ya habrás comprendido que no traigo gana de broma.
 — Sí, sí; ya lo voy comprendiendo. ¡Desvívase usted por los hombres! ¡para esto! ¡Madrugue usted, póngase usted de veinticinco al fileres desde tempranito para que cuando venga el señor la encuentre á usted de su gusto; que luego el señor á quien una trata de contentar vendrá gruñendo y saldrá con alguna pata de gallo.
 — ¡Felisa!...
 — Mariano.
 — No me quieres.
 — ¡Dijolo Blas!...
 — Blas no dijo una palabra; díjolo Mariano y tuvo mucha razón.
 — Pruebas, caballero, pruebas de mi falta de cariño. Vamos á ver, ¿no he hecho por ti cuanto has querido? ¿No he reñido con mi familia porque no me dejaban que te quisiera? ¿No he renunciado por completo á ella?...
 — ¡Felisa!
 — Tú no recuerdas los sacrificios que he hecho por ti. Yo dejé á mis padres, unos infelices que no tenían más riqueza que su honradez y que con ella y los seis mil reales que gana mi padre en la oficina se creían dichosos como príncipes. Yo, por seguirte, he echado un borrón en su honra, cuya pérdida llorarán eternamente.
 — No me vengas con esas historias.
 — ¡Si es que dices que no te quiero!
 — ¿Me quieres?
 — No tienes derecho á dudarlo.
 — Pues pruébame.
 — ¡Ah! ¡Ya sé por dónde vienes! La prueba que quieres pedirme es que satisfaga tu capricho de siempre.
 — Eso es; lo has adivinado: quiero que despidas á tu criada, á esa inaguantable Gregoria, que cada día me es más anti-pática.
 — Mudemos de conversación.
 — No, no mudemos; es indispensable que la echés.
 — Mira, Mariano, no toquemos ese asunto, porque saldremos mal.
 — ¡Es decir, que me pospones á una zafia criadaucha!
 — No, hombre, no; ven acá y no te acalores. Si tú quieres, si tienes tan gran empeño, ahora mismo le doy la cuenta y la pongo de patitas en la calle.
 — Eso has de hacer.
 — Pero vamos á ver quién quiere más á quién.
 — ¿Cómo?
 — Tú quieres como prueba de cariño que yo eche á Gregoria. Corriente. Pues yo á ti, como prueba de cariño también, te pido que me la dejes. Tú eres el amo de esta casa, tú la pagas, tú me man tienes, por tí visto con lujo, por tí tengo coche... No tengo más remedio que someterme á tus mandatos. Si quieres, llama á esa mujer ahora mismo, despídela, ponla en la escalera á puntapiés... Yo no te diré una sola palabra; pero sabré á qué stenerme con respecto á tu cariño.
 — ¡Eso es una especie de amenaza!
 — ¡Hijo mío, por Dios! ¿Con qué voy á amenazarte yo! ¿Crees que si se va esa muchacha he de dejar de quererte? ¡Por tan poca cosa!... ¿Crees que soy como tú, que á la menor contrariedad me dices: «¡Ya hemos concluido!» y te vas, y no vuelves sino después de haberte lo suplicado yo en todos los tonos... hasta rebajándome...
 — ¡Eh!
 — Si en quererte á ti pudiera haber humillación... Después de todo, yo te debo eterna gratitud; por mí has abandonado tu casa, vi ves casi divorciado de tu mujer...
 — Basta, Felisa; no te aflijas, mona mía. No hay que tomarlo así. Vamos á tratar la cuestión como dos buenos amigos y sin necesidad de enfadarnos.
 — Tú dirás.



— Cuando yo me quejo de Gregoria y quiero que se vaya de tu casa, no es porque la tenga manía, ni mucho menos por querérmela echar de amo y hacer sentir mi despótica autoridad, nada de eso. Es que esa mujer, de quien ya tenía yo sospechas, es una grandísima bribona que nos va á comprometer el mejor día.
 — ¿Y de dónde sacas semejante cosa?
 — De que la han visto en amigable conversación con las criadas de mi casa, á quienes habrá contado nuestras relaciones, de las cuales á estas horas acaso esté enterada mi mujer y toda mi familia.
 — ¿Eso ha hecho?
 — Sí.
 — ¿Cómo lo sabes?
 — La ha visto mi amigo Ricardo, y hasta oyó al pasar algunas palabras por las que dedujo que trataban de nosotros.
 — ¡Ah grandísima!... Tienes razón, si eso es cierto, hay que plantarla en la calle inmediatamente. ¡Pues hombre! ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! Tienes razón; yo la he defendido contra tí, porque pensaba que nos tenía algun afecto.
 — ¡Ya lo ves!
 — Parece mentira que se pueda fingir tan bien, porque yo la tenía por una mujer excelente... Nada, nada; á la calle ahora mismo. ¡A mí con esas!... ¡La muy!...
 — Vaya, mujer, no te sofoques.
 — ¡No he de sofocarme! Porque, no cabe duda: eso es que tu mujer habrá sospechado algo, y para entrar en averiguaciones habrá comprado á esta mujer, valiéndose de tus criadas.
 — Eso es lo que yo me temo.
 — Voy á llamarla ahora mismo y que nos explique claramente...
 — ¿Me vas á obligar á tener un careo con esa maldita vieja?
 — No; contigo no irá nada.
 — Déjala para cuando yo me vaya.
 — Eso no; quiero que la oigas tú que tienes más perspicacia que yo, y de lo que ella diga podrás sacar la verdad. ¡Gregoria, Gregoria!...
 — ¡Pero mujer!...
 — Nada, que ha de ser así. No quiero yo quedarme con ésta en el cuerpo.

* * *

— ¿Qué manda la señorita?
 — Oye, Gregoria.
 — ¿Señorita?
 — ¿Conoces tú á las criadas del señorito?
 — A'guna vez veo á la cocinera en la plaza, porque compra donde yo.

—¡Ab! ¡Conque era verdad! Y ¿qué has hablado con ella?
 —¿Yo? Que me caiga aquí muerta si en mi vida le he dado la palabra de Dios.
 —Mentira; has hablado con ella.
 —¿Quién lo ha dicho?
 —Te han visto.
 —Le juro por la gloria de mi madre, que en paz descansa, que en mi vida he hablado ni tanto así con esa mujer. ¿Quién se lo ha dicho á usted?
 —Una persona que no tiene por qué mentir; el señorito Ricardo.
 —¡El señorito Ricardo!... ¡El había de ser! ¡Vamos, hombre! ¡Si una no debía ser buena nunca! ¡Más me valía haber hablado á tiempo! ¡Mia tú!... Pues nada, no callo más y voy á decirlo, que á mí, después de todo... como si se hundiera el mundo.
 —¿Qué quieres decir con eso?
 —Quiero decir... quiero decir... Yo sé lo que me quiero decir. Y si una no mirara á que, aunque una es una pobre y tiene que estar sirviendo, tiene una misja de decencia y de que me sé yo... En fin, más vale callar.
 —No, señora, y dispénsame que me meta en esta cuestión, tiene usted que hablar claro, tiene usted que decir lo que quiere dar á entender con esa monserga.
 —¡Lo que quiero dar á entender!... Pues si yo hablara... En fin, lo diré, que ya se me está repudiendo dentro del cuerpo. Ese señorito Ricardo, tan amigo de usted, habrá dicho que me ha visto hablar con éste y con aquél y todo lo que la haya dado la gana; y todavía tendré que agradecerle que no haya dicho más. Porque, mire usted, señorito, usted cree que ese señor es su amigo, y no lo es. Ya sé que él ha sido quien le ha puesto á usted á mal conmigo, porque no me puede ver ni en pintura... y sus motivos tiene... No me mire usted, señorita, porque ahora sí que canto y quiero que el señorito sepa toda la verdad. Ese señorito tan amigo de usted, señorito Mariano, ese don Ricardito, me tiene mala voluntad porque no he querido tomarle las cartitas que quería darme para su señorita. Es, ya la solté. Aquí se juega limpio. Ese señorito me ofreció un día treinta duros para que le abriera la puerta de noche.
 —¿Tú sabías eso, Felisa?
 —Sí, algo me había dicho ésta; pero tú quieres tanto á tu amigo...
 —Has hecho muy mal en no decirme lo.
 —Quise evitarte ese desengaño.
 —Buena, gracias, Gregoria, y puede usted retirarse.

.....
 —¿Qué me dices?
 —Que he sido injusto con esa pobre mujer... Y que en cuanto á mi amigo Ricardito...
 —No, prométeme que no vas á tener un disgusto por mí.
 —Eso no es fácil.
 —¿Sabes lo que has de hacer? No volverle á hablar más en tu vida... Vaya, ¿estás contento?
 —¡Cómo no estarlo contigo, vida mía!

.....
 Una hora después Mariano ya no estaba en casa de Felisa; y en el mismo gabinete donde habían ocurrido las anteriores escenas, la señorita y la criada sostenían el diálogo siguiente:



—¿Tú por qué te metes á hablar con las criadas de ése?
 —Porque conviene saber si es verdad todo lo que dice de su fortuna, de su mujer y de su familia. Buen apuro ha sido el tener que hablar delante de él. Gracias á que se me ocurrió inventar lo de Ricardito, que si no, me hubiera visto negra.
 —Buena, pues no tienes para qué hablar con criadas ni con nadie.

—Sí que tengo para qué; y cuando yo lo hago es porque debo hacerlo, porque puedo y porque me da la gana, que para eso soy tu madre...

José Estremera.

Lechuras.

Tras el fiat lux divino,
 alumbró á la tierra el cielo:
 Dios hizo la luz... ¡Qué cosas
 el hombre á la luz ha hecho!
 De aquel torpe descreído
 que menta sentimientos
 y malvendía ideales
 y al fin vendió á sus maestros,
 se hizo después un ilustre
 administrador del pueblo,
 que hoy tiene por renta propia
 la del capital ajeno.
 A aquel empleado en Cuba
 que, abusando de su empleo,
 debió, por sus latrocinios,
 ser el héroe de un proceso,
 por influjo de sus cómplices
 y con no sé qué pretexto,
 con una cruz y una cinta
 nos le hacen hoy caballero.
 Al poeta cuyas alas
 jamás se alzaron del suelo;
 que fingió la voz de un ángel
 y el amor cantó en sus versos;
 mientras con sus propios vicios
 trucea su hogar en infierno,
 pura gloria de la patria
 le hacen los gacetilleros.

A aquella hermosa palarda
 que sirvió á aquel daque viejo
 que la cedió su corona
 por seniles devaneos;
 aunque de fregona ilustre,
 como entonces, luce el pelo,
 hoy la hacen ilustre dama
 cronistas y revisteros.
 Por el que, aspirando á artista
 con sobra de atrevimiento,
 es gran cómico en la calle
 y en la escena es un muñeco;
 para que al fin á sus anchas
 viviera del arte, hicieron
 la crítica injusta mucho
 y la indiferencia el resto.
 A español que salga imbécil
 porque lo quiso el Eterno,
 y, porque la suerte quiso,
 salga con mucho dinero;
 como él no sepa qué hacerse
 y esté bien con el Gobierno,
 si no le hacen diputado,
 le harán senador del reino.
 Y ahora diga, quien con juicio
 se haga cargo de los hechos,
 si, con tan malas lechuras,
 lacir buena garbo podemos.

Eduardo Bustillo.

El poema.



—No cabe duda; esto que me abrasa las sienes es la poderosa llama de la inspiración. ¡Sería un crimen dejar que se me apagase!



Está amaneciendo y debía meterme en el lecho... ¡pero no! ¡He de acabar de un tirón la primera docenita de octavas!



Vamos á ver si encuentro el final del segundo canto. ¿Qué le importan dos noches en vela á quien cultiva el arte, el verdadero arte?



Y van tres noches y el sueño no me rinde... ¡Bien dicen que el sublime don de la poesía puede hacer del hombre un ser superior, y hasta inmortal si á mano viene.



¡Por fin! ¡Después de cuatro días de insomnio, hé aquí concluída la obra! ¡Benditas una y mil veces las horas pasadas en el dorado templo de las musas, con los párpados enrojecidos, la lengua seca y los nervios tirantes! Ellas me darán un puesto en el Parnaso, y... ¿quién sabe si un destinito en Hacienda!



Ahora... vamos á leerlo en la tertulia de las de Limoncillo, donde me esperan seguramente tempestades de vítores.



¿Se han dormido sin acabar de oír el primer canto? ¡Ah, imbéciles!



Recapitemos. No puedo atribuir el resultado á la mala calidad del poema, que es magnífico á simple vista... Hay que admitir la existencia del eflavio magnético. Indudablemente, por una especie de irradiación mágica, todo lo que yo he dejado de dormir en cuatro noches de fiebre creadora, lo han dormido mis oyentes en diez minutos...

DIÁLOGOS

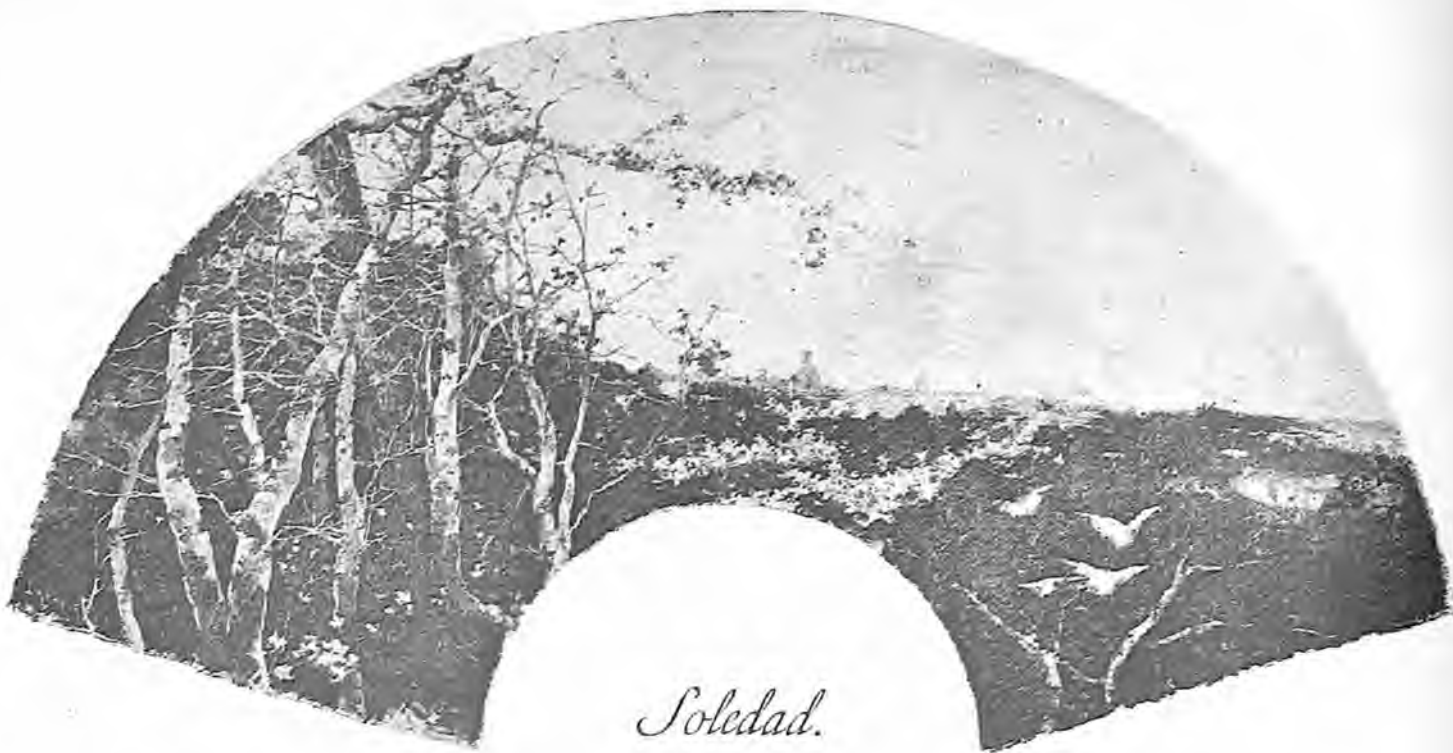
I
En una mesa redonda de un restaurant, en Bruselas:
—¿Conque español?—Sí, señor.
—¿Y está usted en tierra extranjera por su gusto?—Los negocios le traen á uno y le llevan...

—¿Usted es comerciante?—Sí, ó mejor dicho, lo era...
Todo está tan malo.—¡Todo! —No hay un asunto sin quiebra, y en los negocios bursátiles y en mercantiles empresas tan pronto se gana mucho

como se pierde; no hay regla.
—Es verdad. ¿Y usted ha ganado?...
—¡He ganado... la fronteral!
II
—Acusado, ¿dió usted ayer una paliza tremenda á don Saturio González?...
—Sí, señor.—¿Y no lo niega!
¿Le molió usted á palos?—Sí.

—¿Hubo cuestión ó reyerta?...
—No, señor.—¿Y qué razones tuvo usted?...—Una muy seria. Es mi médico.—¿Su médico? ¿Toda la razón es ésa?...
—Y añado además que ha sido en legítima defensa.
¿Me ha tenido un mes en cama y me ha molido á recetas!

E. Navarro González.



Soledad.

La ciudad populosa se ve á lo lejos,
en silueta cortada mágicamente
donde, arrancando á veces vivos reflejos,
juguetean los rayos de un sol ardiente.

Las torres, las agujas, las chimeneas
manchan del horizonte la lejanía
como sombras extrañas, rasgos de ideas
que brotan del letargo del mediodía.

Y el contorno aparece vago é incierto
y la imagen borrosa surge lo mismo
que ante las caravanas en el desierto
caprichosas ficciones del espejismo.

Perdiéndose en el aire y entre las flores,
como las olas mueren sobre la arena,
suavemente se acaban esos rumores
que imitan al zumbido de la colmena.

Y así como las torres y las agujas
en el cielo esfumadas se desvanecen,
los ecos de la vida, como burbujas
lanzadas al espacio, desaparecen.

Allá la muchedumbre se agita inquieta
y en la lucha perenne brega y se afana
y enardecida y loca gime y se aprieta
de la ciudad haciendo cárcel malsana.

Aquí nada se mueve, y el campo ameno
parece que del sueño tranquilo goza

mientras calladamente palpita el seno
de la naturaleza que se remoja.

Reina el triste silencio del composito,
ni las hojas susurran, ni el ave pía,
sobre la tierra fértil tiende su manto
la calma bochornosa del mediodía.

Y hasta el viento su empuje refrena y para
al mover suavemente las amapolas,
como si el balanceo le recreara
y fuera su visita para ellas solas.

En cambio sordamente zumba allá abajo,
cual volcán en el seno de las montañas,
el rumor del constante rudo trabajo
que corre de la tierra por las entrañas.

El trajín de los gaomos que martillean
formando en los abismos piedras preciosas,
átomos que se juntan, genios que crean
savia de recios robles, néctar de rosas...

No está tan solo el campo, que en lo más hondo,
bajo el suelo que cubre la alfombra verde,
hay un mando que lucha, y allá en el fondo,
mientras aquí en la bruma todo se pierde,

despierta, se conmueve, se despereza
el germen que dormido dejó el invierno,
y palpita la madre naturaleza
con su vivificante bregar eterno!

Sinesio Delgado.

LA VIUDA DE ZERANDILLO (1)

—¿Cómo no sale usted fuera,
mi querida Trinidad?

—Le voy á ser á usted franca:
por miedo á descarrilar.

Meterse en un tren, yo creo
que es una temeridad.

—¿Que si es? A mí deme usted
una muerte natural.

—¿Yo?

—Es un decir. Porque todo
lo que no sea exhalar
el ¡ay! postrero en el catre,
me huele á barbaridad.
Deme usted una escarlatina,
un catarro pulmonar,
una apoplejía, en fin,
todo lo que quiera; mas
no me dé usted una caída,
ni un choque descomunal,
ni una puñalada por
equivocación.

—¿Yo? ¡Qué!

—Quiero decir que la muerte
debe ser al natural,
pues si no, resulta un timo
de última hora.

—¡Ya, ya!

—¡Dígame usted á míquis,
que si hoy tengo viudedad
es porque mi Zerandillo,
sin poderlo remediar,
murió en el tren!

—Yo creía
que había muerto don Blas
en los brazos de usted; pero
no de muerte artificial.

—Sí, señora; y por su culpa
se largó á la eternidad.

—¿A quién, á quién se le ocurre
para ir á San Sebastián
monter en el tren? A nadie.

Al que pudre nada más.

—Crea usted, amiga mía,
que hay quien se empeña en chocar

y al fin choca. Y como todos
le tenían á don Blas
por un hombre muy chocante,
á nadie le chocará
que chocase.

—Lo que á mí
más me chocó, la verdad,
fué que muriese de pronto;
porque usted, amiga Paz,
sabe lo pesado que era
para sus cosas.

—Sí, tal;
pero cuando uno fallece,
dicen que suele mudar
de temperamento.

—De
temperatura querrá
decir usted. ¿Y usted sabe
como fué? Pues bien, me dan
repeluznos al contarle;
pero lo voy á contar.
Venía Blas en un tren
expres de San Sebastián,
en donde el pobre tenía
dos tierras de pan-llevar,
y un tío que se llevaba
de aquellas tierras el pan;
y al salir el tren de un túnel,

se oyó un estruendoso ¡plaf!
seguido de un ¡cataplum!
y de un ¡chispón! ¡ris! ¡puff! ¡chas!...
algo, en fin, de lo que debe
de ser el juicio final.

—¿No se enteró usted de aquello?



—Yo, no.

—Pues de pe á pa
lo contaron los papeles.
—¿Y tendría usted quizás
el gusto de ver en letras

(1) Del libro *Piruetas*, que se pondrá á la venta en los primeros días de la semana próxima.

de molde al pobre?
 — Sí, tal.
 Mi adorado Zarandillo
 venía en *siepen carr*;
 porque aunque pagaba asiento
 de tercera, Sebastián
 Gómez, mi hermano de leche
 por parte de mi papá,
 le mejoraba de clase,
 porque era de esos que van
 y estropean los billetes
 de los viajeros allá
 donde quiera que les entra
 la gana de revisar.
 Quedó el tren hecho pedazos,
 hubo cien muertos ó más,
 y en fin, que aquello fué una
desolación general.
 Mi esposo logró, por suerte,
 no morir hecho *tajás*,
 sino todo en un pedazo.
 Eso sí, quedó muy mal;

porque al chocar los dos trenes
 se le cayó un capellán
 castrense sobre la tripa.
 Otros dicen que al saltar
 á la vía, se hizo añicos
 el vagón, de un modo tal
 que Blas chocó en su caída
 con el cofre de un bajá,
 y allí su cabeza dura
 quedó más blanda que un flan.
 ¡Figúrese usted qué asco!
 — De manera que don Blas...
 ¿contra qué chocó, en resumen?
 — Pues contra su voluntad.
 Le digo á usted, amiga mía,
 que no puedo sufrir más.
 ¡Gracias á que el mes que viene
 voy á volverme á casar!
 Pero si el cónyuge nuevo
 muere en el tren como Blas,
 ¡le juro á usted por mi nombre
 que me las ha de pagar!

Juan Pérez Súniga.

LA PAZ DE LA ALDEA

Harto de andar con el destino en guerra
 y de sufrir reveses á millares,
 me marché á un pueblecillo de la sierra
 buscando un lenitivo á mis pesares.
 Sin tropiezo ninguno
 llegué un domingo al despuntar el día,
 escuchando la agreste sinfonía
 que forman de consuno
 faentes, céfiros, grillos,
 raiseñores, calandrias y pardillos.

Á eso del mediodía,
 noté que estaba el pueblo alborotado;
 la gente iba y venía,
 sosteniendo frecuentes discusiones,

pues aquel era el día designado
 para las elecciones.
 Después... vino ¡la mar! Creció el tumulto,
 salió á la superficie el odio oculto
 con furor de tormenta, cuando estalla,
 comenzó la pelea,
 y un momento después quedó la aldea
 convertida en un campo de batalla.
 Habo los consabidos *pucharazos*,
 y salieron á escena los civiles
 repartiendo sablazos
 como suelen hacer en los *Madrides*.
 Resumen de la fiesta: doce heridos,
 quince muertos y veinte detenidos.
 Conque ya lo sabéis: quien busque el modo
 de curar con la paz sus aficciones,
 que se vaya á una aldea... ¡sobre todo
 en días de elecciones!

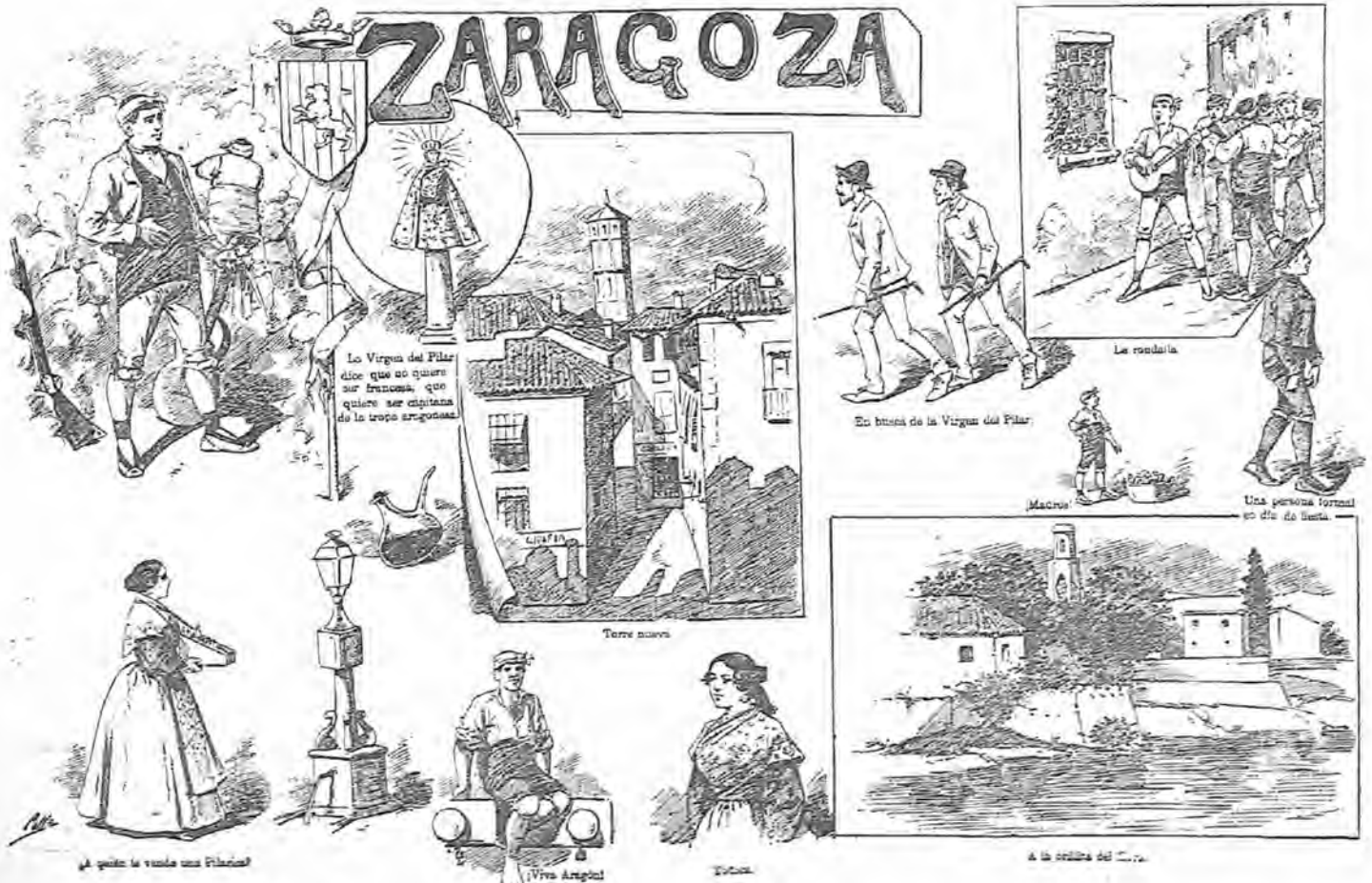
Manuel Soriano.

El día del Corpus

Con su mantilla de sutil encaje
 prendida al pecho entre claveles rojos,
 dando sombra á la sombra de unos ojos
 más negros que una noche de celaje;
 ceñido el cuerpo con airoso traje
 que produce á la par placer y enojos
 al tener que atajar torpes antojos
 de esos que no hay razón que los ataje;
 oyendo mil donaires y primores
 y cimbreando la gentil cintura;
 arrogante, graciosa, soberana,
 con voluptuoso andar, pisando flores,
 por la calle pasea su hermosura,
 el día del Señor, la sevillana.

Manuel Lassa y Nuño.

ESPAÑA CÓMICA.



MENUDENCIAS

¿Que eres, Encarnación, pura y sencilla?
Claro, por eso estás tan amarilla!

¿Conque te ha dicho Elena
que es buena esposa?
¡Siempre ha tenido fama
de mentirosa!

RAMÓN ASENSIO MAS.

* * *

—Anoche reñí con Rizo,
y como en nada repara...
—Entendido, te hizo cara.
—No, señor; me la deshizo.

De la China y de la Persia
guardo recuerdos amargos:
me dejó una china tuerto
y una persiana sin brazos.

Al periodista Quiñones
ofreció el fondista Arnal
un timbal de macarrones,
y hoy paga sus atenciones
dándole un bombo al timbal.

EDMUNDO DE C. BONET.

* * *

Fabio, si no te mueres en la infancia
ni tampoco de joven, es seguro
que llegarás á ser hombre maduro...
Pero bueno será que te acuerde
que hay muy poca distancia
desde el hombre maduro al viejo verde.

CARLOS MIRANDA.

* * *

Sus muchas culpas un día
fué á confesar Magdalena,
mas no pudo el sacerdote
imponerle penitencia,
porque había hecho á la Virgen
del Amparo una novena,
y aunque pecó cuatro días
tenía cien de indulgencias.

CALIXTO NAVARRO (hijo).

* * *

Polvo son las dichas,
plomo son las penas,
céfiro es la vida que, al soplar, arrastra
lo que menos pesa.

EMILIO C. OLARAN.

*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

C. B. D. O.—Ando buscando la manera de decirle á usted que *calles* y *ayes* no son consonantes, y ¡ay de mí triste! no la encuentro.

Cantactaro.—Lo malo es que usted no sólo ha dejado á un lado el fondo, si que también la forma, que no puede ser más endiablada.

Maimón papanatas.—Á cualquier cosa llaman soneto los Maimones. La linda señorita que ve en usted hechuras de poeta vive sumida en las profundidades del error.

Sr. D. M. C.—Cuesta tres pesetas el libro que pide. Se le enviaremos al recibir sus órdenes.

Sr. D. J. A. S.—Se recibió, pero no nos pareció publicable. En provincias no se admiten suscripciones de trimestre, ni podemos girar por pequeñas cantidades.

Muhurruque.—Sigue usted empeñado en seguir sendas extraviadas; y es lástima, porque no versifica usted mal del todo.

El diablo de mi suegra.—Se han reñido ustedes cuatro amigos y han pasado un buen rato. ¡Dios les conceda muchos por el estilo, y á este humilde servidor de ustedes!

Canseco.—«¡Oh querida Pilar, bella y hermosa,
que en tu balcón estás resplandeciente!
Deja que te adore eternamente,
joven tan feliz cual laboriosa.»

Después de lo cual, usted comprenderá que no se puede seguir con el soneto, ni con la décima, ni con la charada, ni con el epigrama.

Sr. D. E. D.—Mal andamos de ortografía, compadre. Y de versificación, que es lo más lastimoso. Lo que manejamos admirablemente, á juzgar por la muestra, es el *oquel* de los puntos suspensivos.

El río Pesares.—Escrito con gracia y soltura. Pero el asunto, por demasiado personal, no me parece publicable.

Sr. D. P. G.—Evitemos, por cosa trasnochada,
las amorosas que no digan nada.

Rogue.—Hace usted bien en hablar de sus cortos alcances... Porque si no hablara usted, hablaría yo ahora mismo.

Hamlet.—No es lo peor que sea tétrico, sino que sea ininteligible. ¿Qué diablos quiere usted decir con todas esas cosas?

Querubini.—La idea, sobre ser vulgar, está diluida extraordinariamente.

Puñstazos.—No puedo aprovechar nada; ni el cuento, que es irreverente y poco gracioso, ni los cantares, que adolecen de vulgaridad manifiesta.

Salustio.—¡Ay, señor don Salustio!

¡qué romance tan lánguido y tan mastio!

Sr. D. M. A.—Está un poco descuidada la forma.

Estabón Cadena.—Sí, ya veo la idea, pero la verá poca gente. Y como, además, tiene poca novedad en sí...

Cantárida.—No; la cantárida es la composición, que pica que levanta en alto.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. C. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 934.